

HURTADO DE MENDOZA Y LARREA, ANTONIO (1586-1644)

RELACIÓN DE LA FIESTA DE ARANJUEZ EN VERSO

GIGAN.

Los verdes campos del Tajo
de la plata de Fileno,
lisonja una vez, y muchas,
floridos, quejosos bellos.

Dos veces reina en sus flores,
Belisa tiene suspensos
por suyos más que por lindos,
presumidos de sí mismos.

Para celebrar los años
de aquel bizarro mancebo
de su hermosura, y grandeza
digno hermoso ilustre dueño.

A gloriosas prevenciones
llama el mundo, en cuyo estruendo
quedaron de ser vencidos
los imposibles con miedo.

En vez de coros de Ninfas
sirven al heroico intento
escuadrones de deidades,
de amor guerra, y del sol celos.

GEN.

¡Qué peregrino teatro,
desdén del que el Roma un tiempo
reverente admiró el mundo
lisonja del gran Pompeyo!,

¡qué fábrica tan insigne

al mismo docto arquitecto
novedad, y en varias luces
émula hermosa del cielo!

RIF.

¡Qué música soberana!
ya empieza la fiesta, estemos
atentos, si a tanta gloria
basta admirados y atentos,

¡qué máscara tan bizarra!
a cuyo traje rindieron
el sol, la gala, y cuidado,
el aire, y el lucimiento:

con tan hermoso principio,
de tan alta causa efecto
a sus grandes esperanzas
da satisfacción el pueblo.

En un carro de cristal
mira el Tajo, que del techo
bella Ninfa copia, y vence
sus puros cristales tiernos,

ya la hermosa voz desata
no pájaro lisonjero
del alba, sino de un sol
clarín generoso, y nuevo;

en florido verde triunfo
Abril le sigue, debiendo
nuevas animadas flores,
hijas ya de rayos negros;

la gran Deidad Lusitana,
bellísimo desempeño
de más alabanzas, todas
peligrosas de ser menos,

depuesto el florido carro,
ya representa, poniendo
primer crédito a la fiesta
y alma segunda en los versos.

GEN.

Los ya suspendidos aires
ceñidos de luces vemos,
y un águila en plumas de oro,
luciente máquina de ellos,

conduce una hermosa Ninfa,
que representa sin riesgo,
sin escrúpulos la edad,
tanto fían años bellos.

GIGAN.

Oye a la flor más temprana
en la loa mereciendo
la suya tan admirada,
que aun es aplauso el silencio;

en tan lindos pocos años,
¡qué espíritu! ¡qué ardimiento!,
cuidados de la fortuna
sólo en ella son aciertos.

En tres divididos troncos
tres Ninfas ofrecen luego
en milagros de armonía
dulces prodigios al viento,

Abello pastor del Tajo,
de Amadís noble escudero
ofrece cortés noticia
de su claro ilustre dueño.

Ya sale Amadís juntando
bizarro, airoso, y perfecto,
de Amadís, y de Niquea
la hermosura y el esfuerzo.

Busca la selva encantada,
y en guerra de sus desvelos
treguas pide la fatiga
a la humanidad del sueño.

Sirena oscura la noche
en blandas cadenas presos
deja su voz detenidos
los pasos, y pensamientos;

luciente aurora le acusa
en dulcísimos acentos,
que bien nacidos cuidados
merecen ojos despiertos.

Amadís, recuerda, y mira
que en varios sonoros ecos
dudosamente le infunden
unos valor, y otros miedo.

Ya saca la ardiente espada
con vivo airoso despejo,
y a las temerosas puertas
bizarro llega, y resuelto.

Abre el encantado monte,
y aquel animoso aliento,
aun seguro en una dama
no se permite el recelo.

Cuatro soberbias columnas
veloces bajan al suelo
descubriendo en mil asombros
cuatro Gigantes soberbios:

atrévase, y de su mano
al gallardo movimiento
el miedo sólo es Gigante
de los cuatro Polifemos:

falsas lisonjeras Ninfas,
le coronan, pretendiendo
detener de sus victorias
los heroicos vencimientos:

ven el encantado escudo,
y en nuevos horrores fieros
bravos Leones le humillan
los siempre erizados cuellos.

Claro lustroso edificio

aparece, y en su centro
del fabuloso Palacio
preciada ambición de Febo,

una verdad más lucida
que en las paredes, y techos,
presunciones de diamantes,
se han debido los espejos.

GEN.

¡Qué soberana apariencia!
¡mira en el trono supremo
aquella deidad del mundo
el más glorioso ornamento,

mayor Majestad, compuesta
de altivos merecimientos,
de infinitas perfecciones,
de un milagro, y mil extremos!

y a su lado aquella Aurora,
que a no encerrarse en su pecho
una alma Real, en todo
pudiera ser alma en cuerpo,

la bellísima Niquea,
que está llamando a respeto,
aún primero que a la vista,
y al osado Caballero

agradece el desencanto,
en, que Anastárax sufriendo
el mayor dolor, padece
al mal de bienes ajenos.

Ya de laurel coronado
Amadís cuyo desnudo
fue de monstruos, y de fieras
el más valiente desprecio,

cobarde a tanta hermosura,
y negado a los deseos,
sin dar luces de esperanzas
a tan cortos rendimientos,

habla sin ser escuchado,
que en tan divinos empleos
del cuidado solamente
dan señas los escarmientos,

mira a Lurcano, y Albida,
que enseñan a ser modestos,
entendidos, y decentes
los amantes sentimientos.

Ya de Anastárax las voces
escucha, que en tanto incendio
piedad, alabanza, y gloria,
aun merece en el infierno;

de sus repetidas quejas
a su lástima dispuesto,
Albida inclina el oído
piadosamente suspenso,

que bizarra y animosa
las llamas penetra, siendo,
una vez en la hermosura
crédito suyo el remedio.

Ausente Lurcano, el aire
puebla de tristes lamentos,
que no los males callados
todas veces son discretos.

GIG.

Mira en el Dragón volante
aquella deidad que en Delfos
al mismo sol le quitara
la veneración, y el templo,

que sin oír de Lurcano
los más bien dichos afectos,
que buscalles tan gran causa
es culpa, y no desacierto,

huye veloz, y el amante,
de su dolor satisfecho,

logra en su desconfianza
los desperdicios del ruego.

Anastárax alentado
sale del ardiente seno,
que es la dicha de los males
no hallar novedad en ellos:

no viendo Amadís premiadas
las victorias de su acero,
de amar lo más soberano
fábrica su mismo premio,

y recatando sus quejas
de desfavores severos
no contentarse del daño
tiene por atrevimiento

Niquea (sólo imposible
de amor, y el mayor sujeto
de la fe, si el mundo osara
imaginarle algún dueño)

del valor se obliga, y nunca
de la voluntad haciendo
al deseo, y al cuidado,
uno mudo, y otro ciego.

La bella Ninfa Aretusa
baja del cielo ofreciendo
en soberanas piedades
alivio a tantos tormentos.

¡Con qué gracia que celebra
de Albida el valor inmenso,
de Niquea la hermosura,
y el desdén forzoso, y cuerdo;

de Anastárax las desdichas,
nuevo amor, y antiguos celos;
de Lurcano los cuidados,
y de Amadís los extremos!,

los amantes generosos
pagados sólo de serlo
de las comedias vulgares

desdeñan los casamientos:

ejércitos de armonía,
que mueven coros diversos,
en guerra sonora ponen
en paz a los elementos,

muda forma el aparato,
y las que montañas fueron,
verdes jardines desprecian
el nombre de los hibleos.

En distintas hierarquías
un artificioso enredo,
en líneas rojas retrata
los azules pavimentos.

Una ilustre Dama llega,
y del más alto lucero,
no atina el rayo pendiente
señalada ley del precio;

ya la deidad victoriosa,
en el milagro postrero,
en que tanta bazaría,
vencerlo todo es lo menos,

da fin, danzando a la fiesta,
en cuyas glorias se vieron
la novedad sin descuido,
la grandeza sin ejemplo.

De los Césares los días
natales en que lucieron
la Majestad del romano,
y la estrañeza del griego,

no con mayor aparato
se celebraron, ni fueron
ningunos años más dignos
de eternidad, ni de Imperio,

que esta fiesta milagrosa,
puso término al deseo,
a la vista, y esperanza
en lo grande, y en el dueño.

El mundo quedó admirado
en alabanzas rompiendo
los aires, dando el aplauso
cuanto se entregó al silencio.

RIG.

Escucha, ¿qué ruido es este,
que en el jardín de los negros
entre selva y edificio
es lo dudoso más cierto?

Otro segundo teatro
miro, si no del primero
competencia, ya de todos
admirable menosprecio,

ya la música es principio
de ilustre fiesta, y de un nuevo
trono, que aun del sol no fuera
dorado blasón pequeño.

LA LOA

Sale una máscara hermosa,
en que del otro hemisferio
las luces contra sí mismas,
hacen duda el vencimiento.

En lo hermoso, y peregrino
de los trajes descubrieron
su demasía el poder,
y su elección el ingenio.

Oye a la fama, y la envidia,
que pisando el sitio ameno,
publican de la otra fiesta
nobles encarecimientos.

La fábula empieza, y Colcos,
y Jasón dan el sujeto,
y la pluma el Fénix claro

cisne de Apolo el más tierno.

¡Qué lastimosos gemidos
suenan en el mar, que el centro
asalta en azules ondas
del sol los dorados cercos!

Favor Neptuno divino,
dice una voz, y otra luego,
ondas, dejadnos pasar,
templad los rigores vuestros,

piadosa Ninfa de Tetis,
socorrednos marineros,
que el aire cortan sin velas,
que el mar dividen sin remos,

en bajel de rizos de oro
salen al buscado puerto
los quejosos fugitivos,
del mundo hermanos más bellos;

no es el Géminis hermoso
de igual belleza, ni fueron
las verdes selvas testigos
de tanto Adonis, y Venus.

Enamóranse las Ninfas
bellas hijas de Nereo,
de su dorado animal,
imagen de un rico necio:

en desconocidas playas
los hermosos extranjeros
a lo peregrino fían
las esperanzas de un reino;

Friso refiere lo noble
de su grande nacimiento,
de una madrastra la envidia,
y de una envidia el veneno.

En su triste desamparo
los anima el dios guerrero,
que a lástimas de la tierra
no se llama sordo el cielo.

Una generosa Dama
hace un divino compuesto
de Marte y Narciso, entrambos
sin lo vano, y lo soberbio:

de fuertes lucidas armas
ciñe su bizarro cuerpo,
y de arneses victoriosos
las paredes de su templo;

de los ínclitos varones
publica los claros hechos,
que viven siempre inmortales
sobre los hombros del tiempo;

que a los montes se retiren
les avisa, que de buenos
grandes varones fue siempre
huésped sagrado el desierto.

El vellocino le ofrecen,
que será blasón al cuello
de tantos grandes Felipes,
el Cuarto, en todos primero.

De su querida Medea
sale quejoso Fineo,
que desdichadas finezas
labran desdenes de yelo.

Segundo parto del mar,
principio a tanto escarmiento,
es tirano de las ondas,
volante animoso leño,

para queja de los siglos,
Hércules, Jasón, Teseo
dan nueva guerra a las vidas
en campañas de agua, y viento;

con más codicia que gloria
rompen el mar, que al sediento
afán de ambición humana
no bastan golfos en medio.

Conquistar el vellocino
es su empresa y a su intento
armas previenen, y asombros
los admirados isleños.

Medea, y el Rey se inclinan
a diferentes afectos,
él a defender sus muros,
y ella a rendir pensamientos.

Solicitan de hija, y padre
Jasón, y sus compañeros
el agrado, aunque ninguno
es falso, y todos son griegos.

Fineo celoso mira
la novedad, y en el pecho
iras fabrica, y venganzas,
que son traidores los celos.

La bella Elenia se muestra
su amante, y un jardinero
galán su desdén acusa
en dulces suspiros tiernos.

Mal fiada de sus ojos
busca Medea el esfuerzo
de encantos, que sin belleza
son delito, y no remedio;

la hermosura es solo encanto,
y en sus bellos ojos preso
Jasón no quiere otro hechizo,
que hermoso basta un cabello;

desconfía por amante,
no por hombre, y en un fresco
jardín de amores reales
vulgarísimo tercero,

hablarle intenta Medea,
y Elenia en blandos concetos
lo triste del alma fía,
a lo dulce de un soneto;

sirenas halla en la tierra

más que en el mar; mas ¿qué es esto?
¿que ya todo el aparato
es jurisdicción del fuego?

Llama veloz penetrando
de uno en otro ramo seco,
penacho es de luz, y en plumas
ardientes vuelan los techos,

la seguridad advierte
de aquel hermoso mancebo,
que a la alteración se niega
por quietar el susto ajeno:

por él temen todos, y él
mira seguro el incendio,
que en la turbación de todos
no se aparta del sosiego,

ni de su lado aquel siempre
solo a su servicio atento,
de quien la fama, y la gloria,
no serán testigos muertos.

Del numeroso auditorio,
mira a lo bajo, y plebeyo,
que ya es en él confusión
lo que bastaba recelo;

el temor es el peligro,
y en la fuga, y el aprieto
del remedio que procura,
se compone todo el riesgo.

Ya el gallardo ilustre joven,
cuanto es dulce parentesco,
del amor, y de la sangre,
vínculos del alma estrechos,

saca en sus bizarros brazos,
más fino que con el viejo
noble padre aquel troyano,
Fénix del ardor sangriento:

animosa la hermosura
con el semblante sereno,

de la blanca aurora imite
los albores más risueños:

a las humanas deidades
las dejan de amparo lejos,
los viles con el espanto,
los nobles con el respeto,

hasta que necesitando
de cortés atrevimiento,
con decencia la osadía
se pone animosa en medio;

como a sagrados penates
el dulce glorioso peso
dan al hombro, que a las plantas
fueran profanos trofeos:

cuantas atentas finezas
se malograron, que abriendo
lugar, dio al agua peligros
quien no las halló en el fuego:

alguno a quien bellos ojos
callado favor pidieron,
sin dolerse, ni empeñarse
todo lo miraba Nero.

Dio treguas el alboroto,
los sustos aplausos dieron,
festivo quedó el peligro,
y quedó corrido el miedo.

Sólo tuvo de desdicha,
lo que los ojos perdieron
quitando a la admiración
lo que ser pudo escarmiento.

Mereció ser competencia,
y sirvió con el suceso
de luminaria, que tuvo
hasta en lisonjas extremos.

Dejó engañarse la fama
de relaciones, fingiendo
la novedad desatinos,

y la ignorancia misterios:

hasta el accidente mismo
nos dejó alegría haciendo
los donaires experiencias
de los engaños del pueblo.

Altamente celebrados,
así los años Febeos
del sol quedan inmortales,
ya que no pueden enteros.

FIN